

DESTINO: ARAGÓN INTRAHISTORIAS DE LA GUERRA CIVIL

LA GUERRA CIVIL SIGUE SIENDO UN TERRITORIO MITOLÓGICO DONDE CABE TODO, DESDE LEYENDAS HASTA TESTIMONIOS PERSONALES SUPUESTAMENTE VERACES. PERO LA VERDAD PARECE SEGUIR ESPERANDO EN ALGUNA PARTE MENOS EN EL PRESENTE. MIENTRAS NO LLEGA, SARIÑENA EDITORIAL ACABA DE PUBLICAR LAS *CARTAS DE GROSSI*, SOBRE LA EXPERIENCIA DE UN MIEMBRO DEL POUM EN EL FRENTE DE ARAGÓN

HILARIO J. RODRÍGUEZ

(A Julio José Ordovás, Fernando Sanmartín, Antonio Ansón y José Giménez Corbatón, príncipes de Maine, reyes de Nueva Inglaterra)

Conozco a un hombre que vino a Zaragoza por amor, de eso hace ya algún tiempo. Le dio un portazo a su anterior vida, civilizada y tranquila, también tremendamente aburrida, y se instaló en un pequeño piso al lado de la Magdalena. No era ni alto, ni fuerte, ni sabio, ni siquiera apuesto; sólo era un hombre enamorado. Durante un año intentó aclimatarse. En invierno nunca se quejó por tener los pies fríos. Tampoco se opuso al carácter maño, aunque a veces dijera que por aquí todos somos un poco bruticos. Hizo amistad con el ciego, un panadero de la calle Heroísmo, las camareras de la Taberna Urbana, los puentes que cruzan el Ebro y la gente a la que le gusta el comienzo de las historias. Pero nada de eso sirvió de mucho. Al otro lado del tabique de su dormitorio vivía un matrimonio que acababa de tener una hija, una hija llorona que no le dejaba dormir. Y en el trabajo comenzaron a extrañarse porque no cumplía como otras veces. Casi sin darse cuenta, estaba viviendo su particular temporada en el infierno. Su rostro se avejentó tanto que un día, al verse en el espejo, creyó que si su padre lo viera en ese momento no sería capaz de reconocerlo. Qui-so espantar los malos presagios con un jardín en el que intentó plantar margaritas, geranios y flores animosas. Cuando lo conocí, en un tren regional, me recordé al personaje que interpreta James Stewart en *El hombre que mató a Liberty Valance*, que no era ni romántico, ni buen tirador, ni buen jinete, y ni siquiera mataba al malo; sólo era un hombre decidido que al final le birlaba la chica a John Wayne, el verdadero héroe de la película.

Manuel Grossi Mier podría ser el desconocido del tren, un viajero con destino a Zaragoza, no por amor a una mujer sino por amor a una causa. Sobre él, no sabía nada antes de



EL LIBRO.
CARTAS DE GROSSI, DE MANUEL GROSSI MIER, SARIÑENA EDITORIAL, SARIÑENA (HUESCA), 2009

leer las Cartas de Grossi, que publicó hace poco Salvador Trallero en su editorial de Sariñena.

Tuvo una vida movidita, llena de curvas, rara vez en línea recta. Se fue de Asturias después de una infancia sin escuela y una juventud trabajando en una mina cercana a Mieres; después de haber sido testigo de muchas huelgas y haber participado en ellas posteriormente; después de afiliarse al Sindicato Minero y liderar el Bloque Obrero y Campesino; después de participar en la Insurrección de Asturias y ser condenado a muerte por un tribunal militar; después de que una amnistía general le salvase del paredón y su culo inquieto le animara a irse con la música a otra parte... Había cantado en coros con izquierdistas radicales y derechistas moderados, y para beber sidra siempre dejaba de lado la ideología. Los amigos -proletarios o capitalistas- le llamaban Manolé. Varias fotos tomadas durante la Guerra Civil lo presentan como uno más entre los soldados que tenía a su mando en el Frente de Aragón, sin galones ni insignias; da la impresión de ser un hombre enamorado de sus ideales y dispuesto a luchar por ellos.

EXILIADOS EN BUSCA DEL PASADO. Grossi no nos cuenta esas cosas con intención de asombrarnos, esas cosas nos las cuenta el historiador Ernesto Burgos, que lo conoció en julio de 1978. Recién llegado de Francia, entró en una joyería de Mieres donde solían ir los exiliados en busca de su pasado: las viejas amistades, las sidrerías desaparecidas, las casas sepultadas por enormes bloques de hormigón y ladrillos, las calles que habían cambiado de nombre... Ya no era una persona sana e impetuosa, estaba viejo y enfermo de asma. Sus padres habían muerto tiempo atrás, si no seguramente les habría costado reconocer a su hijo. Desde muy joven el sueño se le había resistido y ahora apenas pegaba ojo, tampoco respiraba con facilidad. Los años que pasó en la mina, antes y después de la Guerra Civil, le estaban pasando factura. Aun así, quería dejar zanjados algunos asuntos sobre su militancia política, su experiencia militar y el juicio por espionaje y al-

ta traición al que fue sometido en 1938. Jamás estuvo de acuerdo con las versiones oficiales, ni aquí ni en el extranjero.

Franz Borkenau, un sociólogo y periodista austriaco, lo definía como un manipulador de masas, capaz de ganar las simpatías de quienes lo escuchaban pero negado en el campo de batalla. La opinión de los estalinistas no era mucho mejor. Por eso necesitaba dar su versión sobre el papel del Partido Obrero de Unificación Marxista en el Frente de Aragón, con sus aciertos e ineptitudes; sobre los consejeros militares y los cirujanos que vio a su alrededor, todos ellos unos farsantes; sobre la colectivización de las tierras y las rapiñas que hubo en muchos pueblos; sobre la lucha cuando hay muchos frentes abiertos, uno en tu propio bando; y sobre el desaliento de quienes arriesgan la vida por unos ideales que nadie más apoya.

TRÁNSITOS. No llegó a entrar en Zaragoza, cuya silueta sólo divisó desde la distancia, con prismáticos, apostado en una trinchera. Se fue de Barcelona al mismo tiempo que Buenaventura Durruti, uno al mando de las milicias del POUM y el otro al mando de una columna compuesta por afiliados y simpatizantes de la CNT-FAI, con el objetivo de mantener o conquistar posiciones estratégicas en el Frente de Aragón. Las tres capitales de provincia habían caído rápidamente en manos del bando nacional, Zaragoza pese a ser uno de los bastiones del anarquismo español. Allí hubo escaramuzas y saboteos, faltó una fuerza de oposición unida. Hay leyendas al respecto, faltan datos fiables. Ahora los testimonios

LA FICCIÓN PUEDE SALVAR VIDAS, ENNOBLECERLAS, PASAR POR ALTO ERRORES Y OMISIONES, CONVERTIR AL TEMERARIO EN HÉROE, HACER QUE LA MENTE SOPORTE MÁS DE LO QUE PUEDE SOPORTAR EL CORAZÓN O UN OJO

los dan hijos o sobrinos, parientes lejanos que dudan, que no se atreven ni con la literatura. Marcan bares por la ciudad, diciendo que en ellos se celebraban reuniones clandestinas en sus sótanos, a la luz de las velas. ¿Quién sabe? La ficción, eso sí, puede salvar vidas, ennoblecerlas, pasar por alto los errores y las omisiones, convertir al temerario en héroe, hacer que la mente soporte más de lo que puede soportar el corazón o un ojo. James Stewart, en *El hombre que mató a Liberty Valance*, reconocía ya muy mayor que no había sido él el que había matado al malo de la película sino John Wayne, lo reconocía cuando daba un poco igual que lo hiciese, ante el féretro del amigo que le había salvado la vida y a quien acabó quitándole a su chica.

BUENAVENTURA DURRUTI. Durruti, al parecer, montó en un aeroplano que salía del aeropuerto de Sariñena y, arriesgando la vida como luego se pudo comprobar por los impactos de bala en el fuselaje, lanzó octavillas por el curso del Ebro, hasta estar a uno o dos kilómetros de Nuestra Señora del Pilar. Podemos creerlo porque sobre él no importa si lo que se cuenta es cierto o no, es un mito cuando allí la resistencia empezaba a flaquear, y nos dice que murió a causa del fuego enemigo cuando lo cierto es que murió de torpe manera, al caerse su subfusil MP 28-II al suelo y dispararse. Estuvo en América, Francia, Bélgica y Alemania, huyendo en mitad de la noche, saltando por la ventana de los hoteles donde se hospedaba, esquivando balas, caminando con recelo por si alguien le seguía, escribiendo mensajes en clave, colándose como polizón en trasatlánticos... Demasiadas aventuras para pasarlas por alto. Era de León, hoy es ciudadano del mundo, un símbolo que cualquiera puede utilizar en defensa de la libertad, la igualdad y la fraternidad. Los símbolos no son personas, no son humanos, no tienen piel ni sentimientos, tienen ideales, por eso a Durruti es preciso no tocarlo, aunque sólo sea para que su nombre mantenga en pie los de



Joaquín Ascaso, Santiago Palacín Nadal o Joaquín Maurín Julià.

Por lo que cuenta Grossi, no obstante, Durruti puede que fuese un poco fantasmón. Desmiente que tomara parte en la liberación de Lérida o que fuera equitativo al repartir armas con sus aliados. Quizás le tuviese ojeriza. Dice que en Barbastro, poco después de que hubiera pasado la Columna Durruti, encontró desorden y confusión. «Creía que iba a ganar la guerra él solo, con la gente de la CNT.» En Sariñena, ante una multitud de confusos campesinos, primero Durruti atacó duramente al POUM y luego Grossi lo defendió con pasión. Durruti no escribió sus memorias bélicas porque estaba en otras cosas y luego Grossi lo defendió con pasión. Durruti no escribió sus memorias bélicas porque estaba en otras cosas y luego Grossi lo defendió con pasión. Durruti no escribió sus memorias bélicas porque estaba en otras cosas y luego Grossi lo defendió con pasión.

Sariñena, Barbastro, Grañén, Robres, Lecifena, Perdiguera... Grossi no tiene tiempo para sentimentalismos y se conforma con narrar

su paso por esas localidades, sin prestar atención al paisaje, a las gentes, a sus tribulaciones; está demasiado ocupado auto exculpándose. Confiesa que luchó y que fue derrotado, que acepta la derrota, no las injurias; confiesa que el suyo era un amor de ley, sin jardines, sin lamentos, un amor por una causa y no por una mujer. Él se enamoró de su compañera de toda la vida en Sitges, se llamaba Teresa Guilló, la conoció cuando ya había abandonado el Frente de Aragón y estaba a punto de empezar el camino del exilio, cruzando la frontera al mismo tiempo que quienes le habían juzgado por última vez. «No fui a Aragón para luchar por Zaragoza, ni siquiera por Aragón, fui para luchar por España, por la República, por la libertad, por cosas que creía justas, allí o en cualquier otra parte; y me marché con la sensación de que mi esfuerzo no había servido de nada.»

TREINTA Y CINCO AÑOS DESPUÉS, GROSSI ESCRIBIÓ SOBRE TODO LO QUE LE SUCEDIÓ EN EL FRENTE DE ARAGÓN. SE ENCONTRABA ABATIDO POR LAS FALSEDADES DE LA HISTORIA, DECEPCIONADO TRAS HABER DEJADO LA MILITANCIA

RATOS DE OCIO.

LAS CHICAS DE ALBALATILLO ELENA LAFITA (IZQUIERDA) Y VITORINA ABADÍAS CON EL PILOTO RODOLFO ROBLES. IMAGEN EXTRAÍDA DEL LIBRO *ALAS ROJAS*, DE SALVADOR TRALLERO (EDITORIAL SARIÑENA)

EL JARDÍN DE LOS MONEGROS

A UNA MILLA DE HUESCA

AGNES HODGSON
PUBLICACIONES DE ROLDE DE ESTUDIOS ARAGONESES, ZARAGOZA, 2005

H. J. R.

Cuentan que la australiana Agnes Hodgson tenía novio antes de servir como enfermera en el Frente de Aragón. Era un hombre obsesionado con las plantas, que tenía un formidable jardín en la trasera de la casa que había mandado construir para cuando se casasen. Para ella, todo resultaba demasiado perfecto pero el mundo estaba en guerra y decidió luchar. Bailaba estupendamente, hablaba italiano, tenía una educación exquisita... Rasgos sospechosos ante los comunistas, que la observaron con recelo desde su llegada a Barcelona en un trasatlántico. Si hubiesen leído su ejemplar diario, se habrían reído, bastante. En sus páginas se refiere a operaciones quirúrgicas, a momentos de diversión, a colonias caras y baratas, a bombardeos o a sus incipientes amistades, sin hacer más críticas que las humanas, la ideología -me temo- le interesaba

bien poco. Gabriel Jackson decía que su testimonio era imprescindible para quien quisiera «comprender las dimensiones humanas de un drama político de enormes proporciones». Estoy de acuerdo.

Como Grossi o Adoración Abad Valdovinos, que estuvieron muy cerca de Zaragoza y no pudieron llegar allí durante la guerra, Agnes Hodgson estuvo muy cerca de Huesca. Se consideraba a sí misma una cobarde por no haber permanecido en su puesto hasta el final de la guerra; la verdad es que algo de gallega debía de tener, porque su apreciación resulta exagerada teniendo en cuenta que arriesgó su vida y un amor que le esperaba pacientemente en Australia, sin esperar nada a cambio, sólo quería salvar vidas.

Antes de regresar a su país, pasó por Lérida y Barcelona, donde recuerda fiestas en las que pudo haber coincidido con Luis Bazal o con cualquier otro de cuyo nombre ahora me olvido, nos olvidamos.

Dicen que a su novio le llevó un cactus de los Monegros, para demostrarle que incluso en el desierto hay jardines. Su matrimonio duró poco. ■